

nado contra los diputados corrompidos. La Sociedad se levantó furiosa contra quienes la deshonraban con sus cohechos y sus chanchullos. De suerte que en este sentido los Jacobinos se insurreccionaron también.

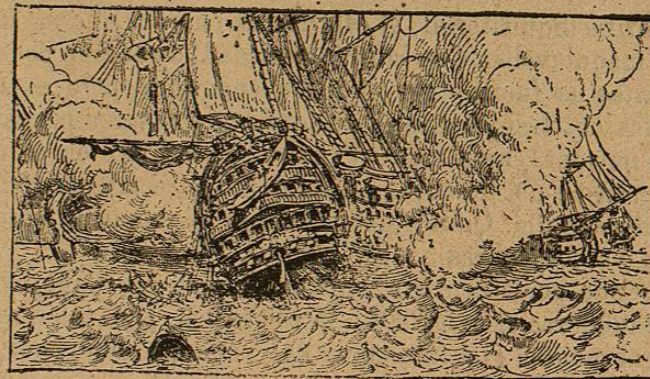
En este discurso colérico, obra de cálculo para la masa de los jacobinos, Robespierre encontró el medio para indicar el camino que seguía. Dirigiéndose á la fuerza del ejército más poderosa, á la más amenazadora, á la de artillería, dijo: «Si vosotros los artilleros teniendo pólvora no la empleais ahora que se aproxima el enemigo, este mismo os juzgará, mañana quizás, como traidores y os tratará como tales.»

Se acerca el enemigo.

Esto dijo perfectamente Robespierre para llamar la atención de todos y al mismo tiempo para aplazar las operaciones. *Aun estaba aproximándose el enemigo.*

Efectivamente, ante los Jacobinos declaró que por entonces bastaba con una *insurrección moral*.

La dificultad estaba en hacer comprender á la sección del Obispado y á hombres como Maillard, Varlet, Fournier, la idea de esta índole de insurrección. El capuchino Chabot se encargó en unión de Dufourny de conducirlos por el camino que señalaron los Jacobinos.



CAPITULO IV

El 31 de Mayo.—Impotencia de la insurrección

La actitud que hubiéramos adoptado en la Convención.—Por qué fué abandonada la Gironda.—Esta no proponía nada.—Existía allí una mezcla extraña de realismo.—Falsas acusaciones de que fué víctima la Gironda.—Como quedó justificada por sus enemigos.—El misterio del 31 de Mayo revelado por primera vez.—Movimiento preparatorio del 27 de Mayo del 93.—La Convención invadida (noche del 27 de Mayo).—Progresos de la Montaña (28 de Mayo).—Debilidad de los dos partidos.—En las elecciones de París no aparecían más que 5.000 electores.—La insurrección moral y la insurrección brutal.—Teme Robespierre á la insurrección brutal.—Opónense las secciones á esta índole de insurrección.—La sección del Obispado obliga á las demás á que le envíen sus delegados.—Resistencia directa ó indirecta de las secciones (29-31 de Mayo).—El Obispado por la insurrección.—Los Jacobinos organizan su insurrección moral y reúnen á los delegados de las secciones (30-31 de Mayo).—El Obispado nombra un comité de Salud pública y se apodera de la Comuna (31 de Mayo).—Indecisión del nuevo poder.—Innación de la Asamblea.—Ambiguos discursos de Danton. La insurrección.—Los Jacobinos crean un comité de Salud pública y lo envían á la Comuna.—El Obispado se dirige al arrabal de San Antonio y provoca una colisión.—Los Jacobinos invaden á la Asamblea y reclaman el decreto de acusación.—El arrabal y las secciones reconciliadas entran en la Asamblea y garantizan su seguridad.—Insurrección sin resultado.

La escrupulosa imparcialidad con que hemos juzgado los actos de la Montaña y de la Gironda elogiando ó censurando sus actos, día por día y hora por hora, no debe ser obstáculo para que digamos á nuestros lectores qué línea de conducta hubiéramos seguido caso de haber tomado asiento en la Convención.

Si se nos preguntase en qué banco hubiéramos tomado asiento responderíamos sin titubear: Entre Cambon y Carnot.

Es decir, hubiéramos sido montañeses, no jacobinos.

Se olvida frecuentemente que una gran parte de la Montaña, los Gregoire, los Thibaudeau, muchos diputados militares, fueron extraños á los manejos de los Jacobinos. Los dantonistas, especialmente Camilo Desmoulins, á pesar de que su fama fué contraria á este espíritu.

El espíritu inquisitorial, el espíritu de cuerpo, el *espíritu de cura*, el violento maquiavelismo de la gran Sociedad, ayudaron poderosamente á contrarrestar las fuerzas de nuestros enemigos, pero es seguro que los multiplicaron. Los jacobinos comenzaron la tarea penosísima de la depuración nacional, arrestando á cuantos no sentían en su corazón ardiente patriotismo ó á quienes políticamente parecían sospechosos. Pero fácil es comprenderlo. Quince meses después de reinar los Jacobinos toda Francia era ya sospechosa.

La Gironda por otra parte tenía un defecto gravísimo y he de decirlo con franqueza: el defecto de la tolerancia. ¿La tolerancia del mal no es un mal mayor? ¿La tolerancia del enemigo está lejos de la traición? La Gironda votó leyes severas, pero se excusó de elegir los medios para ponerlas en práctica.

Proclamó la guerra universal, la cruzada revolucionaria y la liberación del mundo; fué en esto fiel intérprete de los deseos de Francia y se mostró además más generosa, más política que los jacobinos. Pero al mismo tiempo negaba los medios para esta guerra. Por sus resistencias, defendidas á veces con gran elocuencia, enardeció la resistencia muda y pasiva, inerte, de las administraciones departamentales que ponían trabas á todo (especialmente á la venta de los bienes de los emigrados). Si, á pesar de nuestra admiración por los girondinos, por el espíritu magnánimo, generoso que los guiaba á conservar la Revolución nosotros hubiéramos votado contra ellos.

¿Por qué? Por que no proponían nada. Durante las crisis más grandes, cuando más necesarios eran los remedios, ellos no poseían iniciativas; hacían objeciones solo.

Su política se resume en una palabra: *Esperar*.

Se trata de asuntos financieros, peligros de la banca, de la hacienda pública y Duclos contesta: «Es necesario *esperar*: á la larga cambian las cosas.»

Se trata de la urgencia con que se ha de efectuar la requisición, la recluta: «Es necesario, dice Brissot en su periódico, esperar los alistamientos voluntarios. Esta forma de reclutamiento es la sola digna de los pueblos libres.»

¿Esperar? La Vendée, pues, no espera. Gana una batalla el día 24. Avanza y llega hasta nosotros. Ya está en Samur.

Los ingleses tampoco se esperan. Su ejército va unido al austriaco y su flota está frente á Dunkerque.

Los austriacos tampoco esperan. Ya son dueños de los campos de Valenciennes. ¿Quiéren asediar esta población ó quieren marchar sobre París? No se ve que haya nadie que pueda impedirlo.

En tal situación es un crimen toda objeción, toda oposición, todo escrúpulo. No proponiendo nada los girondinos debían aceptar con los ojos cerrados lo que ofrecían los demás. Estos propusieron más de un medio, malos eran en verdad, pero algo discurrían, trabajaban.

Los girondinos debieron comprender que por acendrado que fuere su amor á la República en aquellas circunstancias para nada servía la política.

Es más, debieron advertir por esta misma conducta anormal, impropia de tan ardientes patriotas, que algo sospechoso había entre ellos. *La Gironda se hacía realista*.

Fundadores de la República, como eran, se convertían en la máscara del realismo. Desconocían la situación y dejaban que á su sombra avanzaran sus enemigos, los traidores que querían arrancar el corazón de Francia.

La ceguedad en los girondinos de la Convención era evidente. Limpios y puros como eran negáronse á examinar las extrañas mezclas de su partido. Creyeron que Lion era una ciudad girondina y se encontraron con que era realista. Lo mismo les ocurrió respecto á Burdeos y á Normandía. Por todas partes aparecía el instrumento del monarquismo.

Así es que aunque la Gironda hubiera sido expulsada de la Convención por procedimientos innobles é indignos, nosotros nos hubiéramos limitado á protestar de esta expulsión, pero no hubiéramos desertado de la Convención violada ni hubiéramos atacado la unidad de la Montaña. Hubiéramos permanecido fieles. Allí estaba la bandera. Contra el 21 de Mayo hubiéramos formulado la misma protesta que Cambon, Merlin, muchos montañeses y los Setenta y Tres, pero siempre hubiéramos seguido figurando en la Convención. Los realistas se mezclaban con los girondinos. Un acto de estos parecía siempre inspirado por los monárquicos.

Esta amalgama fué el crimen cometido por la Gironda. Era unirse con los que pretendían el desmembramiento de la patria por medio *del federalismo*, en el que no pensó jamás la Gironda. De esto sí que se la podía acusar, pero no de entenderse con Dumouriez para apoyar la rama segunda, ó con la Vendée para apoyar la rama primogénita.

Las demás acusaciones no eran menos estupendas, menos absurdas é insensatas. ¿Qué decir de las acusaciones de Marat! «Es á Petion, Brissot, Gorsas á quienes se les debe acusar por las matanzas de Septiembre.»

Leáse este embuste de Hebert: «Los girondinos durante la noche se apoderan de todo el pan de las tahonas.»

Otro de Marat: «El insensato de Brissot rodeó de curas á Luis XVI para canonizarle después de su muerte, haciéndole pasar por mártir.»

«Son Roland y los suyos los que han robado el Garde-Meuble. Brissot ha colocado su parte en las bancas extranjeras. El hipócrita se ríe de nosotros y se aloja en el palacio de los reyes.»

Los girondinos habían pedido que se hiciera constar las fortunas de todos los representantes. La Asamblea no lo permitió. Todos eran honrados y se sublevaron ante tal indagatoria.

Durante la fatal noche del 30 de Octubre del 93, cuando solo les faltaban pocas horas para ser conducidos á la guillotina, los girondinos no se inquietaban por el triste fin que les aguardaba, si no por la miseria en que dejaban á sus familias. Las esposas de Brissot, Petion y Gensonné, sus hijos, se hubieran muerto de hambre sin las limosnas de algunos amigos.

Las cartas inéditas de Vergniaud atestiguan la inquietud de éste: no tenía dinero para pagar á su lavandera.

En el mismo día en que murieron, surgió la luz de la verdad. Danton, Camilo Desmoulins han sido amargamente llorados. Dumouriez, su pretendido cómplice, los honró, desmintiendo las injurias que se lanzaron contra ellos.

Todos los realistas execran la Gironda como si fuera la misma República. Garat, el débil Garat, después del Thermidor, confiesa en sus memorias tardíamente la inocencia de la Gironda.

El corazón de la Francia se escapó en las palabras dolorosas de Chenier cuando contestó en el 95 á los despiadados que aun cerraban las puertas de la Asamblea á los girondinos supervivientes. «¿Decís que los girondinos han desaparecido? ¡Ah! Pluguiera á la República que se pudieran conservar eternamente las meditaciones profundas de Condorcet y Vergniaud. Condorcet, Vergniaud, Rabaud-Saint-Etienne, Camilo Desmoulins no quieren sangrientos holocaustos. Los republicanos perdonan su muerte si es inmortal la República. ¡Unión, Libertad, República, he aquí los más grandes sentimientos de aquellos sublimes patriotas, lazo de unión para todos los franceses, grito que sale de sus tumbas regadas con las lágrimas de quienes aman un ideal y admiran á quienes entregan su vida á la patria!

La unidad bajo pena de muerte, tal fué la condición de Francia en Mayo del 93. Esto pudieron alegar los miembros de la Asamblea que tuvieron la desgracia de presenciar el 93, bebiendo hasta las heces el cáliz vergonzoso... Los mismos girondinos sabían la suerte que les esperaba, pero conservaron el secreto hasta la hora misma de la muerte. Quisieron morir por la patria. El mismo Cambon en el 94 confesó su admiración, rindiendo tributo de honor á la memoria de los girondinos.

Se ha revelado el secreto por la primera vez y es sometido al análisis de la luz, de la verdad.

Nosotros que lo descubrimos al cabo de sesenta años del fondo de la tierra no justificamos menos á la desgraciada cuanto ilustre Asamblea.

Habían de perecer ó la Gironda ó la patria. La Gironda mismo escogió. La Convención no hizo más que cumplir la sentencia de Vergniaud: «No dudéis entre sacrificar algunos hombres ó que se hunda la cosa pública. ¡Arrojadnos en el abismo, pero que se salve la patria!»

El movimiento anunciado para el día 26 se efectuó el día 27. En muchas secciones se completó las fuerzas de artillería. Se impidió que

los voluntarios partieran para la Vendée. La sección de Gravilliers se insurreccionó. El arrabal Montmatre, en mezcla con otras muchas secciones, partió el 27 y presentó clavada á la punta de una pica una amenazadora proposición á la Asamblea.

¿De qué medios de defensa se valdría la Convención? La requisición de la fuerza armada pertenecía á la alcaldía, á la Comuna, potencia dominada por la insurrección.

Los Doce habían recibido de la Asamblea un vago poder *para adoptar medidas*. ¿Este poder contenía el de llamar á la fuerza armada?

A pesar de las reclamaciones del alcalde los Doce durante la noche llamaron á la fuerza para que se protegiera la Convención, y de tres secciones vecinas se les envió trescientos hombres, de suerte que las fuerzas armadas que de buena mañana se habían apoderado de las Tullerías asediando á la Convención se encontraron después asediadas por las fuerzas que los Doce llamaron.

La Convención recibió entonces una carta sentimental del alcalde de París, diciendo que no se debía de derramar sangre y evidenciando lo grave de la situación.

Entretanto la sección de la Ciudad, fiel á los proyectos que se adoptaron durante la noche, empuñó las armas y reclamó no solo la libertad de su presidente, si no que los Doce fueran sometidos al tribunal revolucionario.

Isnard puntualizó el orden y se negó á conceder la palabra á Robespierre, provocando esto un afrentoso tumulto, una tempestad de gritos de la Montaña y de las tribunas. Bourdon amenazó con estrangular al presidente. Thuriot, superando á Marat en el ejercicio de la calumnia, dijo que *Isnard se había confesado jefe del ejército cristiano, generalísimo de la Vendée*.

Entretanto se aproxima á la plaza la muchedumbre. Un diputado intentó salir y se le puso la punta de una espada sobre el pecho. Isnard ordenó á la guardia nacional que despejara la plaza y restableciera la circulación.

Nuevos gritos, furiosas reclamaciones arrancan estas palabras. La Montaña obliga á que comparezca á la barra el comandante de guardias nacionales. La Asamblea lejos de condenarlo lo apoya.

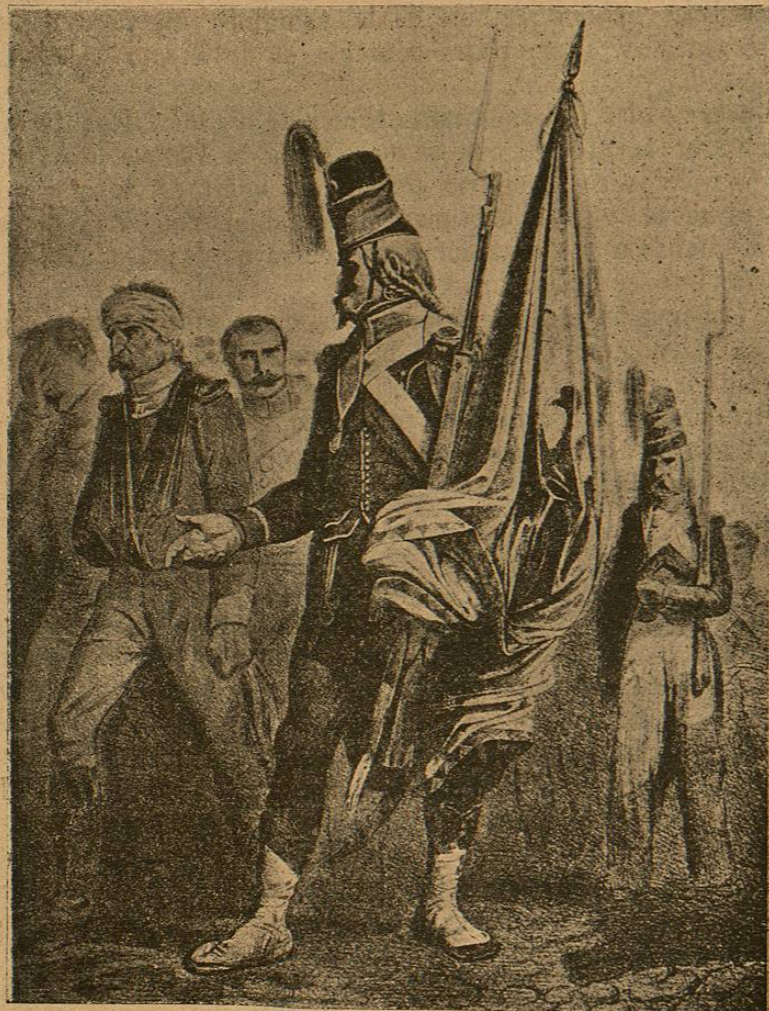
En estos momentos la Convención aun era dueña de sus destinos; podía aun asegurar su libertad, decretando que á ella sola le pertenecía el derecho de requisición de la fuerza armada.

Pero he aquí que llega el alcalde y el ministro del Interior, Garat, hombre sensible y honesto, sube á la tribuna. Este pobre hombre en un discurso largo y triste, parece que habla como si estuviera arrodillado á los pies del Padre Eterno.—La Convención nada tiene que temer. El pueblo la apoya.

La Convención escuchó primero á Garat y después al alcalde, que

acusó á los Doce y al ministro del Interior de haberse excedido en el uso de sus atribuciones, pidiendo fuera armada cuando él solo era quien podía autorizar semejante petición. La sesión se hizo pesada. El presi-

LOS SOLDADOS DE LA REVOLUCION

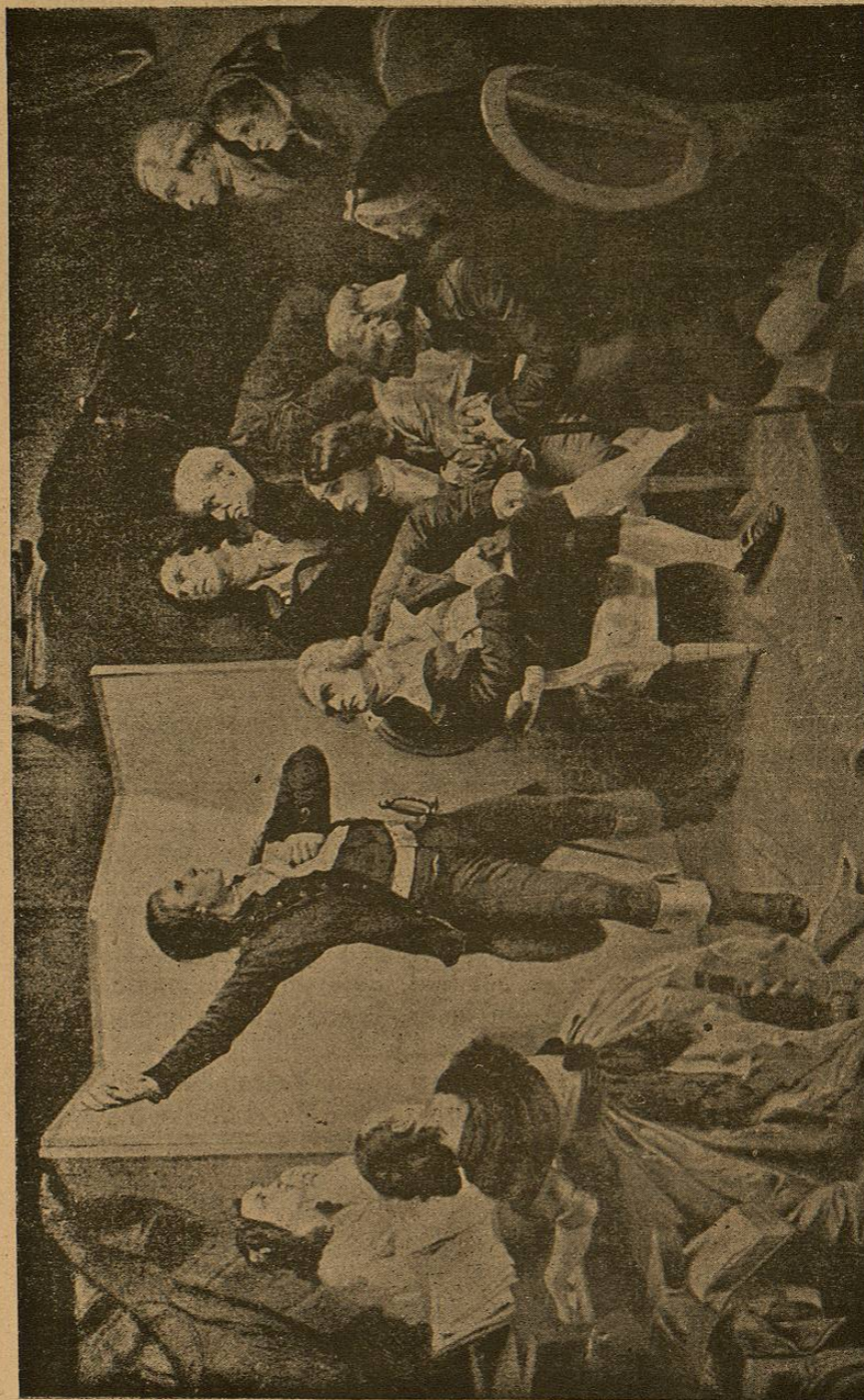


Conduciendo á los prisioneros. (Fotografía de Raffet.)

dente se fué. ¿Levantó la sesión? No se sabe; tal es el estado de mutilación en que está el acta.

Lo que resulta cierto es que la Montaña se quedó sola y continuó la sesión.

Herault de Schelles tomó asiento en el sillón presidencial recibien-



Rouget de L'Isle cantando La Marsellesa por primera vez en casa de Dietrich.